

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

E. MANUEL JIMENO EGÚRVIDE.

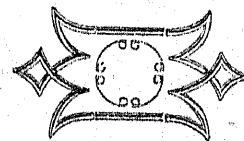
EL VIAJERO.

POESIA PREMIADA CON

UN PENSAMIENTO DE ORO

EN EL CERTÁMEN CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
CELEBRADO EN PAMPLONA
EN LAS FIESTAS DE JULIO DE 1883.

(Impresa por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento de la misma Ciudad)



PAMPLONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE JOAQUIN LORDA,
Mercaderes, 10.

1883.

M. L. de Salazar y Fernandez

M. L. de Salazar y Fernandez

A la villa de Aoiz y en su nombre al Ayuntamiento
de la misma dedica esta poesía

EL AUTOR.



JUICIO DEL JURADO

ACERCA DEL POEMA

EL VIAJERO

SEGUN EL INFORME PRESENTADO

AL EXCMO. AYUNTAMIENTO.

«Es la primera que lleva por título *El viajero* una animada al par que sencilla descripción del cuadro que ofrece la vida familiar de nuestras montañas con su no discutida autoridad natural, su sumisión espontánea, su cohesión amorosa, su religioso sentimiento y su aceptado trabajo.

«Desarrolladas por el autor estas virtudes en una cotidiana escena de familia, ha sabido hallar ocasión oportuna para dar juego á otra no menos característica, la hospitalidad que dá entrada en el hogar al viajero, de cuyos labios agradecidos oye la persuasiva relación de los males que siguen al emigrante, consiguiendo un completo triunfo sobre uno de los miembros de aquella familia inclinado á la emigración y que el autor presenta hábilmente como la mancha de aquel hermoso cuadro.

«Este argumento desenvuelto bajo una versificación fluida matizada de hermosos pensamientos y esmaltada de alguna bella imagen justifican en concepto del Jurado, no solo su voto al premiar ese trabajo en primer término sino el acuerdo que ha adoptado, salvo el de V. E. de que se imprima y haga circular profusamente por el país y aun se vierta al idioma vascongado, para que produzca los resultados que sin duda alguna persigue el tema.»



EL VIAJERO.

..... populumque falsis
Dedocet uti

Tocibus.. ..

—
y corrige al pueblo que se deja llevar,.....

HORAT OD. II. AD SALUST.

Las últimas plegarias
Del rosario, que reza la familia,
Mezcladas con la homilia
Que de advertencias varias
El *eche-jaun* (1) dirige á sus oyentes
En torno del estrado
Ya se escapan al cielo diligentes,
Y agenos de cuidado
Todos la cena esperan animosos,
Cuando de la ancha puerta
Se escuchan unos golpes presurosos
Que á comprender el labrador no acierta.
Antes que á hablar empieza
Ya un joven caminante

(1) Señor de casa, amo.

En la anchurosa pieza
Se presenta cansado y jadeante:
—Por esta noche -- dice—
Un viajero os demanda albergue y cena.—
—Bien venido y felice—
El labrador exclama—ya que buena
Dios me depara la ocasión propicia
De que os la pueda dar con tal delicia.
Cenad con apetito,
Porque en nuestra montaña
Al ver como os invito
No se os recibe cual persona extraña;
Si lujo no encontrais ni acaso holgura
La voluntad vereis que es grande y pura.

Inclina su cabeza
El viajero, al extremo agradecido,
Y silencioso empieza
A comer el manjar así ofrecido;
Su pálido semblante
Dirige con envidia en torno suyo,
Contemplando anhelante
El grupo joven, cuyo
Apetito y alegría mira
Y al contemplarlo con dolor suspira.

—¿Por dicha sois navarro?—el amo dice.
—En la montaña hermosa
Y no lejos de aquí, la luz primera
Vi en época dichosa,
Aquí pasé mi hermosa primavera;
Hoy ya desengañado
Después de recorrer tierras lejanas,
El pecho destrozado,
Y convencido que ilusiones vanas
Trastornaron mi loca fantasía
Vuelvo anhelante á la familia mía!
A exclamación tan ruda
Y en tal dolor impresa
Todos comen y callan con la duda
Cada cual de saber que pena expresa;
El viajero en redor sus ojos gira
Los cierra luego y otra vez suspira.

—¿Debeis ser muy feliz?—dice el viajero
De pronto al viejo.— ¡Si!
No pido nada más, ni más espero,
Ni ambiciono riquezas para mi.
Roddeado de mis hijos
Siembro el campo y me paga con cariño
El sudor, con que riego su llanura,
Mis pensamientos, fijos
Así..... cual los del niño.....
Carecen de zozobra y amargura.
Cuando ilumina el sol del nuevo dia,
Recibo de mis hijos el saludo,
Bendición que del cielo Dios me envía;
La tierra cariñosa
Me espera y olorosa
Me presta sus aromas, que yo dudo
Que exista tal fragancia en los vergeles
Que matizan magnolias y laureles,

Aquí sin ambiciones
Cultivamos la tierra,
Todo mi afán se encierra
En estos juveniles corazones,
No ansiamos más dicha ni riqueza
Que la que Dios envía,
Y la esperanza mía
Descansa solo en Dios, suma grandeza.

Cuando el ardiente estio
Sucede á la florida primavera,
El alborozo mio
Es grande; de manera
Que si Dios me concede gran cosecha
Le adoro su largueza
Y si es pobre y deshecha
Humilde le doblego mi cabeza.
Abrigo la esperanza
De morir rodeado de mis hijos
Como prenda feliz de bienandanza,
Soy feliz, porque fijos
Los ojos, en los hijos de mi alma,
Aquel me dá un abrazo, este, mis canas
Mesa y besa amoroso,

Y entre dulzura y calma
Con paso presuroso
Huyen mentidas ilusiones vanas.

Una pequeña nube,
—Murmura sollozando el noble anciano—
En mi horizonte sube
Cual misterioso arcano;
Ese mozo que escancia en vuestro vaso
Más ambicioso acaso,
O imbuido de ideas poderosas,
Pretende con lucura
Dejar estas montañas amorosas
Por otra tierra de existencia oscura.
Fija en su mente la ambiciosa idea
Pretende el mar cruzar
Buscar loco desea
Riquezas sin igual en Ultramar.
Turba mi mente el pensamiento insano
De perderlo de al lado
Porque América es ¡ay! feroz milano
Que cual palomas roba despiadado
Los hijos que con ansia hemos criado.
Mas.... no sé que derecho
Me dán para llenaros vuestro pecho
De amargas reflexiones
Callemos y bebamos; impresiones
Son que quiero olvidar.

—No, noble anciano
Que yo mal pagaría
El beneficio de tan franca mano
Si mi vida también no explicaría;
Y aunque peque algún tanto de prolijo
No quiero que perdais á vuestro hijo.

Yo, de la tierra ardiente
De allende el mar, donde ese mozo sueña
Vengo ansioso y doliente
A buscar el ambiente
De mi montaña, sin igual risueña.
Yo, como el mozo, un día
Henchido de doradas ilusiones,

De mi casa salía
Buscando los riquísimos filones
Que soñaba mi loca fantasía.
Yo dejé de mi casa aquel sosiego,
Yo abandoné la tierra,
Yo miré con despego
Florido prado, verdeadora sierra.

Yo, sin motivo, un día
Olvidé placentero, con que calma
Mi vida aquí corría,
Meciéndose mi alma
En la plácida y grata melodía
Del aura que murmura,
Del arroyo que presta su frescura,
Del campo que regala
Su fruto sazonado,
De la oveja que bala,
De la sonrisa del objeto amado.
Yo dejé con locura
El cariñoso canto
De la madre, que amaba con ternura
Y que escuchaba en tanto
Que calmaba mi pena y mi amargura.

Dejé yo sin sentido
Esta patria querida que adoraba
Por un desconocido
País, que mis ensueños halagaba,
Esta patria que tiene en ese suelo
Tesoros sin iguales
Que tiene hermoso cielo
Sus gracias á raudales
Y fuentes de cariño y de consuelo.
Esta patria que al verse abandonada
Recibe de sus hijos
Un horrible baldón que la anonada,
Y en dolores prolijos
Ya de tanto llorar, yaz destrozada.
Sin razón de abandono
Con locura á esta madre cariñosa
Dejamos y en su abono

Nos despide diciendo generosa:
—Yo no puedo hacer más, id, os perdonó!

¿Acaso es nuestra tierra,
La madre ingrata que al amor ardiente
Cruel sus brazos cierra,
Y desoye el clamor de sus hijuelos,
Y su pesar no ahuyente
Prestando sus consuelos?
¡Ay! en la dicha ansiada
La patria es nuestra vida
A semejanza de mujer amada
Que cuanto más ingrata más querida!

Podrá, tal vez, el ardoroso llanto
No enjugar cariñosa
Atenta solo en tanto
A su existencia triste y dolorosa
Pero tiene amorosa siempre fijos
Los ojos en las penas de sus hijos.

Los que abandonan con locura insana
Esta tierra querida
Y buscando otra vida
Van tras de otra lejana;
Los que, sus afecciones
Pisotean furiosos y obcecados,
Buscando con anhelo
Un mentido consuelo
En el metal que halaga sus pasiones,
No deben esperar que á su memoria
De su patria realce y preste gloria,

Yo dejé de mi casa
La calma placentera; yo sin tasa
Acaricié la dicha y la esperanza,
Y atravesando mares
Gozoso en mis ensueños de bonanza
No seguía mis pasos el recuerdo
De los paternos lares,
Que solo en mi cabeza

Bullían las doradas ilusiones
Rompiendo con fiereza,
Del alma, las sentidas emociones.

Yo trabajé ardoroso
Con el sudor regando, de mi frente,
Aquel terreno hermoso
Que virgen todavía es tan clemente;
Yo en los aciagos días
En que el trabajo insano
Amargaba mis dichas y alegrías,
Al contemplar mi mano
Curtida por el sol del Occidente,
Mi cuerpo dolorido,
Mi boca, seca, ardiente,
Y el pecho entristecido,
Recordaba, en horrible desconcierto,
El valle que arrulló mi edad primera,
El fructífero huerto,
La plácida ribera
Del río, en que soñaba yo despierto;
La casita rodeada de castaños,
La nieve blanca y fría,
La tempestad bravía,
Mis juveniles años,
Las caricias henchidas de placeres,
Los besos amorosos
De los amantes seres
Que rodeaban mi cuna generosos.
El amigo que un día
Mi juego compartía,
El arroyo que amante me prestaba
Su fuente cristalina y bullidora
Que mi sed apagaba
Con sus limpidas linfas, lo que adora
El pecho enamorado,
La mujer que me daba su sonrisa,
El terreno que fuera abandonado,
La campana de timbre reposado
Que nos llamaba á misa.
El hogar do mis padres con ternura.....
¡Mis padres!.... ¿Quién digera
Que llenara su pecho de amargura,

Porque un día corriera
Tras la dicha ficticia y embustera?
¿Quién, sí, pensar pudiera
Que dejara el calor de sus regazos,
Y con desidia fiera
Cambiaría por oro sus abrazos?

¡Oh sí! tras el recuerdo
De vida tan tranquila y placentera,
En medio de mi lúcida quimera
Venía dulcemente
A mi memoria ardiente,
Cual reflejo purísimo y divino,
Halagando mi pecho dolorido,
Recuerdo peregrino
Del cariño materno apetecido.
Con ansia, con locura
Buscaba del anciano placentero
El rostro de ventura,
El sonreír postrero,
Y al contemplar el aislamiento mío
Sentía miedo el alma, el pecho frío.

Si en el dolor insano
Calma pedía el abatido pecho
Gritando ¡Madre!; la ardorosa mano
Encontraba el vacío,
Que a mi clamor doliente
No seguía el clamor puro y ardiente
Que exclamaba ¡Hijo mío!

Entonces, a mi lado
Se veían, las áridas llanuras,
Las pampas de salvaje exuberancia,
El cerro no pisado
De humanas criaturas,
La salvaje fragancia,
La soledad, el yermo, la fiereza,
El aislamiento solo y la tristeza.

En el febril delirio,
Mentido sueño que engañaba al alma,
Vela, con martirio,

Prado, verdores, apacible calma,
Mi montaña querida,
Mi Navarra adorada,
Mi madre bendecida,
Mi casita y mi tierra deseada;
Y frenético, loco,
Más mi pena aumentaba
Pensar, que ni se oían mis clamores
Ni que aun de allí a poco,
Tan luego como ansiaba,
Podría yo gozar de sus amores.

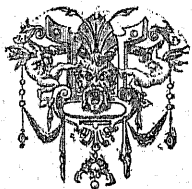
Jamás amigos míos,
Llevados de locura interesada,
Penseis al amor fríos
Abandonar la patria desgraciada.
No dejéis el cariño
De padres que os adoran y contemplan;
Si frenesí de niño
O ansia de riquezas,
A tanta sed no templan
Amores y recuerdos de ventura,
El cariño, la plácida ternura,
Las candidas ternezas
De una madre que adora en vuestros ojos
Pensad en los enojos
Que acarrea una vida de aislamiento
Ajenos de agradable sentimiento.—

.....

Calla el viajero y llora
El auditorio que anhelante estaba
Pensando acaso en la menguada hora
Que su patria dejaba;
El anciano amoroso,
Puesto el mirar lloroso
En el hijo, que ingrato
Abandonar quería
Su casa, lo contempla breve rato,
Y vé con alegría
Que impulsado por mágico arrebató
En sus amantes brazos
Se arroja con viveza,

Y entre besos y abrazos
Estrecha con delirio su cabeza.
—Padre— dice— mi loca fantasía
Me impulsaba á dejaros,
Luce hoy un nuevo día,
Perdon, perdon, no quiero abandonaros.
Ya no el dolor taladre
Vuestro pecho amoroso,
Comprendo al fin que pobre ó poderoso
A mi patria me debo y á mi padre.
¡Miseria es la riqueza apetecida
A tan subido precio conseguida!

Dalle de Elorz.-Julio 1883.



*Al Sr D. Celedonio Ferrnandez, Causado
de letras de este Instituto Provincial
en testimonio de consideracion muy de
su dignidad*

L. autor

Pamplona y febrero 17/88

